

POBREZA APOSTÓLICA

25 Marzo 2002 - Carta - Roma

Queridos hermanos oblatos:

Ésta es la primera de una serie de cartas circulares que pienso escribir sobre nuestros votos. Comenzaré con el voto de pobreza. Mi plan original era diferente. Quería primero considerar la misión. Sin embargo, la reunión intercapitular me dio a entender que la Congregación se ha comprometido decididamente en un proceso de reflexión sobre nuestras prácticas misioneras – el proyecto Inmensa Esperanza. La intercapitular y mis visitas me han persuadido también de que muchos sienten un gran deseo de espiritualidad para ser fieles a nuestra misión.

Al hablar de los votos, quiero insistir en lo que es la base de toda labor misionera, a saber, la relación con el que nos envía. Los apóstoles son enviados sólo después de ser llamados a vivir con el Maestro. "Instituyó doce, a los que llamó apóstoles, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 14). Nuestro Fundador quiso también vivamente que comenzáramos del mismo modo: "¿Qué hizo, en realidad, nuestro Señor Jesucristo cuando quiso convertir el mundo? Escogió a unos cuantos apóstoles y discípulos que él mismo formó en la piedad y llenó de su espíritu, y los envió..." (Prefacio de las CC. y RR.)

Ahondando en los valores que son la base de nuestra misión

Hay actualmente una gran convicción de que necesitamos trabajar en la espiritualidad que es la base de nuestra misión. Leo de África_Madagascar: "No nos hemos olvidado de la invitación de la última consulta: ¡profundidad espiritual!". (...) Necesitamos renovación espiritual". (...) "Necesitamos renovación". Un informe al Encuentro intercapitular afirma: "Llegan a nosotros jóvenes profesionales en busca de sentido; tenemos que insistir en... la espiritualidad". Llegó recientemente una carta a mi escritorio, insistiendo: "Cuando sugerí 'Misión y Misticismo' como tema del próximo Capítulo general, tenía en mente la necesidad de elaborar una espiritualidad típicamente oblata... Lo que nos falta a muchos de nosotros es una convicción profunda, un proyecto de vida que nos dé la audacia y fuerza para construir el Reino, sin vacilar, como Cristo que sufrió la traición, el insulto, la derrota, la tortura y la muerte, sin dar marcha atrás en su propósito... Apasionadamente comprometidos con Jesucristo, con Jesucristo presente en los más excluidos, discriminados, oprimidos".

Una aproximación a nuestra espiritualidad es a través de los votos considerados como uno de los valores básicos que son el fundamento de nuestra misión. Nuestra Regla llega incluso a considerar el espíritu de nuestros votos un requisito para la misión. "Como lo exige nuestra misión, los oblatos quieren seguir de forma radical el ejemplo de Jesús que fue casto y pobre y rescató el mundo con su obediencia" (C 12).

Los votos son constitutivos de nuestra identidad como oblatos. Sin ellos, seríamos buenos y activos cristianos o buenos y celosos sacerdotes, pero nos faltaría nuestra identidad específica. Nuestros votos de oblatos no son genéricos como si fueran lo mismo para todo religioso en el mundo. Hechos en nuestra Congregación, expresan un modo específico de seguir a Cristo, animados por un carisma único, el de Eugenio de Mazenod.

El voto de pobreza: ideal y puntos flacos

La historia y la experiencia actual nos enseñan que hay dos formas de pobreza, una que es destructiva que afecta a la mayor parte de la población del mundo, y otra que libera y potencia las energías para el amor y para el servicio. Es esta última la que escogemos e intentamos practicar. Estas expresiones son del Sínodo de los obispos 2002 al que volveré al final de mi reflexión.

¿Por qué comienzo con el voto de pobreza? En primer lugar, por una razón muy práctica. En el Encuentro intercapitular se llamó especialmente la atención sobre el tema de las finanzas, que son un asunto de preocupación creciente. Varias entidades oblatas, incluso la Administración general, están afrontando una falta de recursos financieros. Algunas entidades están ante el

peligro de quiebra o de insuficiencia financiera a corto y medio plazo. Estas realidades financieras afectan a nuestra misión como está funcionando actualmente y afectarán a nuestro futuro. No podemos disociar estas preocupaciones de nuestra vida y de la práctica de la pobreza.

Somos conscientes también de que, en el fondo, hay una cuestión aún más amplia. Los modelos tradicionales de nuestra práctica misionera están cambiando. Hemos llegado a darnos cuenta de que es común hoy que los misioneros sean enviados por países con medios materiales bastante limitados. El tipo de Iglesia que ellos construyen tendrá que ser diferente en el modo en que encuentran sus recursos.

En vista de estos hechos, varias Provincias se han mostrado decididas a abordar inmediatamente el problema. Un Provincial afirma: "Tenemos simplemente que cortar nuestra tela a la medida". Luego va más lejos y propone buscar una perspectiva más profunda. A veces, "deshacerse de un 'animal favorito' significará un sacrificio que podría abrir nuestros ojos a una realidad más profunda como a san Pablo, 'perder todas las cosas... para ganar a Cristo y ser hallado en él' " (Flp 3, 8).

El tema es también de actualidad en otras congregaciones religiosas. La próxima asamblea de la Unión de Superiores Mayores ha escogido como tema "Economía y Misión". Nuestra situación financiera no es la cuestión más importante. Para un buen número de oblatos, el valor del voto de pobreza se relaciona íntimamente con la situación de los pobres en nuestro mundo. Remediar la pobreza de la gente ha sido el motivo principal de muchos para entrar en una Congregación misionera y el voto correspondiente libera y potencia en ellos la energía especial para el amor y para el servicio. Este punto de vista se basa en fundamentos teológicos sólidos. ¿No comenzó la misión cuando el que era rico se hizo pobre por nosotros? (cf. 2 Co 8). "La opción por los pobres es inherente a la dinámica misma del amor vivido según Cristo", dice Vita Consecrata (nº 82). Como Jesús, muchos oblatos se sienten enviados principalmente para hacerse amigos de los pobres y abandonados, compartiendo de algún modo su situación.

De paso advierto que algunos autores dan simplemente a este voto el primer lugar. Ven en él "el valor clave de los votos... el celibato y la obediencia son modos de ser pobre"[1] Esto coincide con la Regla en tiempos del Fundador: "La pobreza voluntaria ha sido considerada por todos los Fundadores de Órdenes religiosos como el fundamento y la base de toda perfección"[2]

La experiencia nos enseña también que los valores más profundos que abrazamos en nuestra vida de misioneros revelan a menudo dónde están nuestros puntos flacos. No debe sorprendernos que nuestra práctica de la pobreza esté lejos del ideal. Aunque es normal que seamos tentados, debemos encontrar los medios para resistir. San Eugenio habla de estas dificultades con palabras que son claras y nos anima a ser fieles: "¿No habría nada que reprocharse a propósito de la santa pobreza que no puede ser, como tampoco la obediencia, un ente de razón en nuestra Congregación? ¿Qué dice de ella la Regla? 'La pobreza voluntaria [es] el fundamento y la base de toda perfección'. Es suficiente para estimarla en su justo valor. Por consiguiente, que todo sea entre nosotros 'al estilo de los pobres'"[3]

La "santa pobreza" nos desafía de muchas maneras. ¿Cuáles son algunos de esos desafíos para una comunidad apostólica? ¿Están realmente nuestros edificios y organización al servicio de los pobres y abandonados? ¿Respetamos siempre las intenciones de nuestros donantes? ¿Ejercemos una administración concienzuda en el mantenimiento y cuidado de los recursos materiales con los que se nos bendice? ¿Respetamos el ambiente en nuestro modo de vivir y de disponer de lo que hemos usado ya? ¿Dependemos demasiado del dinero "fácil" de proyectos y de fondos en lugar de contar más con nuestro trabajo y con la misma gente? ¿Hacemos esfuerzos suficientes para buscar ayuda o contamos demasiado con otros para que nos la encuentren?

En nuestra vida personal, las tentaciones pueden consistir en sentirse atraídos dentro de la lógica de una sociedad de consumo y estar muy a gusto en medio de nuestras comodidades. Puede haber otras circunstancias. Podemos estar contentos de habernos librado de un pasado personal de miseria económica o de privación, y estar de este modo poco dispuestos a escoger la pobreza voluntaria como un valor. Si hay insatisfacción en nuestras vidas, si Cristo no es verdaderamente el corazón y alma de nuestra existencia, tenderemos entonces a refugiarnos en las cosas materiales: vehículos y cosas, dinero que no se comparte, grandes instituciones y altos muros.

Algo que podría indicarnos lo que es bueno y malo en la práctica de la pobreza será el contacto con nuestros candidatos. ¿Qué es en nosotros lo que les atrae? ¿Es nuestra generosidad y sacrificio o es que quieren compartir lo que parece confort, seguridad y de fácil acceso a los bienes materiales?

Habiendo considerado algunos aspectos del contraste entre el ideal y nuestros puntos flacos, volvamos ahora nuestra mirada a la luz del Evangelio y su primera bienaventuranza. Propongo una reflexión en tres etapas: Jesús, los pobres y la comunidad. Según nuestra Regla "Esta opción [por la pobreza] nos induce a vivir en más íntima comunión con Cristo y con los pobres..." y nos lleva a poner "todo en común" (cf. CC. 20-21).

Siguiendo a un Maestro que se hizo pobre por nosotros

Para un apóstol, la pobreza es, ante todo, una cosa natural y muy práctica. Los oblatos viven su voto de pobreza adhiriendo al propósito apostólico de la Congregación. Como los apóstoles seguimos a nuestro Maestro y compartimos su género de vida. Él fue enviado a evangelizar a los pobres y proclama como primera bienaventuranza "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios" (Lc 6, 20). Fiel a su palabra, se hizo pobre por nosotros y no tenía donde reclinar su cabeza. Es él quien nos invita a unirnos a él en la misma experiencia.

Si vida religiosa significa vivir públicamente como Jesús vivió y que cada carisma exprese una faceta especial de la vida de Jesús, nosotros, oblatos, seguimos a Jesús evangelizando a los pobres. En nuestro mandato están incluidas las típicas privaciones de la vida apostólica: estar cerca de los pobres, compartir sus inquietudes, depender de su hospitalidad, estar siempre de pueblo en pueblo.

En 1819, el P. Tempier escribe a Eugenio de Mazenod desde la misión de Rognac donde no se había preparado nada para recibirlos: "Vivimos, pues, como los apóstoles". Y de Mazenod responde: "Envidio su suerte"[4] En algunos períodos de su vida, cuando estaba menos implicado directamente con la gente, san Eugenio quiso vivir muy sencillamente. Como seminarista, barría su habitación, como obispo, cuando no tenía que aparecer en público, prefería llevar ropa usada y muy gastada. Quiso seguir a Cristo que anunció el Evangelio a los pobres no sólo de palabra, sino a través de su misma vida hasta la muerte en cruz.

Esto nos lleva a una dimensión aún más profunda y mística de la pobreza de un misionero. Según san Eugenio, conseguimos el espíritu de pobreza a través de una íntima cercanía con Jesús. Declara: "El primer medio para adquirir la santa pobreza religiosa es una oración continua y ferviente. El segundo medio es considerar atentamente a nuestro Señor Jesucristo como modelo y recompensa de la pobreza"[5] ¿Cómo puede describirse esta pobreza mística?

Aun cuando poseemos medios materiales, como humanos somos esencialmente pobres. Cristo se hizo como nosotros, incluso hasta la muerte, para que nosotros, cada uno a su vez, pudiéramos asumir nuestra propia pobreza humana esencial. En el fondo estamos vacíos, hay hambre, inquietud. A través del Evangelio comprendemos más plenamente la condición humana.

Siguiendo a nuestro Maestro que se hizo pobre por nosotros (C 19), la virtud de la pobreza nos lleva a comprender más profundamente nuestro ser cristiano. Vita Consecrata (nº 21) dice que "la pobreza vivida según el ejemplo de Cristo que 'siendo rico... se hizo pobre' (2 Co 8, 9), es expresión de la entrega total de sí que las tres Personas divinas se hacen recíprocamente".

Desde el punto de vista más radical no poseemos nada, ya que hasta nosotros mismos somos un regalo de la mano de Dios.

Oblato religioso, expresa su práctica de la virtud de pobreza a través de las prescripciones concretas del voto. El P. Fernand Jetté dice: "El oblatos es pobre, incluso muy pobre: no tiene nada o casi nada y no puede hacer uso de nada sino dentro de la obediencia... Su situación, humanamente hablando, es una situación de completa dependencia, una situación de menor de edad. Es el don radical de sí mismo a Dios"[6] Se podría, naturalmente, interpretar mal, de un modo infantil, una tal dependencia; lo que se quiere decir es la verdadera infancia de alguien que ha madurado en la fe. La gente espera encontrar en un religioso un sentido profundo de una tal actitud evangélica: "Bienaventurados los pobres... Si no os hacéis como los niños... Mirad las aves del cielo..." Nuestras vidas deben reflejar la relación confiada de Jesús con su Padre.

¿Qué podemos hacer día tras día para ser más fieles a nuestra comunión con Cristo en su pobreza?

Podríamos esforzarnos por imitar la espiritualidad de san Eugenio de dependencia en la Providencia. En una carta a su padre, en noviembre de 1815, habla de "un establecimiento de misioneros que estarán encargados de recorrer los campos... Es en las antiguas Carmelitas donde nos establecemos, para desde ahí hacer nuestras correrías apostólicas". Después va al grano: "Lo bueno en esto es que lo hago sin un céntimo. Hay que tener mucha confianza en la divina Providencia".[7]

Algunos oblatos están llamados a vivir una forma extrema de pobreza sufriendo persecución, incluso martirio. Debemos estar muy agradecidos con nuestros hermanos que sufren de este modo. Desde el principio, la vida religiosa se ha visto como sustituyendo al martirio; por tanto, la comunión con nuestros mártires podría ayudarnos a comprender más plenamente el voto de pobreza.

Una breve oración que me ayuda personalmente a vivir este voto, y supongo que vale también para la obediencia, es la siguiente: "Gracias, Señor, por las pequeñas humillaciones". La uso cuando sufro a consecuencia de mi estupidez, o si alguien indefenso me pone en mi lugar, etc. En tales momentos, tengo una sensación de ser pobre.

Nuestra santísima madre María, patrona nuestra, es un magnífico modelo de pobreza "práctica" y mística. Experimentó en concreto dificultades y conoció pronto la pobreza de refugiada (Mt 2, 13_15). Es verdaderamente de los pobres de espíritu a los que Jesús llama bienaventurados. El Vaticano II dice de ella: "Sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Él la salvación" (LG, nº 55).

Hacia una comunión más íntima con los pobres

a) Cercanía a los pobres. En nuestro seguimiento de Jesús, el Espíritu "nos induce a vivir en más íntima comunión con... los pobres" (C 20).

En mis contactos con la Congregación, siento siempre admiración observando lo cercanos que están los oblatos a la gente y lo real que puede ser en ellos compartir la pobreza. Como ejemplo, cito una carta de un misionero nacido en América latina: "Ayer estuve en una comunidad pobre, muy pobre en realidad. Me sentí feliz, tuve viva experiencia de la presencia de Jesús en esa gente. Me quedé a dormir en casa de una familia... Me pusieron la cama en el comedor, y en la cabecera había un árbol de Navidad; la cama olía a orines de bebé y tuve muchos visitantes por la noche... mosquitos icantidad! Me pasé la noche en vela rezando. Muy contento de la experiencia.

Creo que es el modo de vivir con los pobres. No me gusta ir una vez al mes para estar sólo con ellos una hora y media y después volver a casa".

¡La pobreza está tan extendida hoy en el mundo! En un boletín reciente de África se lee: "No llueve, los cultivos se están secando en los campos y la gente va a la cama con hambre por la

noche. Nuestros dos oblatos en X nos cuentan que la pobreza es la conversación del día y que se está muriendo gente joven y anciana porque se pasan días sin comer... Lo más urgente en este momento es la comida... No vienen a la iglesia para nada a causa del hambre en casa. Esto se ha visto también en las escuelas; los niños no vienen, y cuando vienen, se desmayan durante las clases"[8]

Hay estadísticas sobre la pobreza. Por ejemplo, el número de gente que vive con menos de 2 dólares al día asciende a 2, 8 mil millones, el 56% de la población mundial.[9] En lugar de pobreza, podríamos hablar más exactamente de miseria. La pobreza dejaría un margen para la dignidad humana, pero la miseria degrada a la persona. La miseria crea resentimiento. Significa que alguien morirá en la familia por no tener 50 dólares. Obliga a muchos a no ser honrados, porque sin el soborno, sin la trampa, los niños morirán de hambre. De joven, san Eugenio se sintió llamado especialmente a servir a "esos pobres sin la menor idea de su dignidad". Para revelarles esa dignidad, solía enseñarles el catecismo durante sus vacaciones del seminario.[10]

Es cierto que como religiosos raramente nos veremos como los indigentes. Entre otras cosas, tenemos la suerte de una buena educación, y gozamos de cierta seguridad al tener todas las cosas común. La nuestra es una pobreza apostólica voluntaria, no la miseria de los que mueren de hambre. Nuestra misión es superar el mal en la pobreza por nuestra práctica de la virtud de pobreza. La realidad es que no todo oblato está ni puede estar en contacto estrecho con los que viven en la miseria, pero todos pueden practicar la virtud. Los pobres y las "almas más abandonadas", como el Fundador los llama, pueden tener muchos rostros. Hay también diferentes tipos de servicio a los pobres. La Regla 9a habla de esos oblatos que "se identifican con los pobres, compartiendo su vida y compromiso en pro de la justicia" y de otros que "están presentes allí donde se toman las decisiones que influyen en el porvenir del mundo de los pobres".

Cualesquiera que puedan ser las circunstancias concretas de nuestra vida y de nuestro servicio, lo que los abandonados y necesitados esperan de nosotros es que nuestro corazón esté con ellos, que estemos cerca de ellos realmente. Nuestra conciencia pregunta: ¿Vienen los pobres a nosotros? ¿Se sienten a gusto con nosotros? ¿Se sienten acogidos en nuestras casas? ¿Si ellos no vienen, vamos nosotros a ellos? ¿Hacemos que se oigan sus voces? ¿Hemos sido perseguidos alguna vez por causa de ellos? Éstas son algunas de las preguntas que surgen cuando consideramos el valor de nuestra cercanía a los pobres.

b) Evangelización.

Para los oblatos, el amor a los pobres y la cercanía a ellos es sólo el primer resultado de nuestro voto de pobreza. Es el típico camino oblato de la misión y de la evangelización.

La experiencia oblata nos enseña que hay una relación fundamental entre nuestra práctica de la pobreza y nuestra evangelización: Evangelización quiere decir, naturalmente, anunciar a Cristo, porque la peor forma de pobreza es ignorar a Cristo.[11]

La relación entre evangelización y pobreza se encuentra en nuestro estilo de vida. Ya a los novicios se les pide "adoptar un estilo de vida sencillo que los haga sensibles a las necesidades de la gente, particularmente de los pobres" (R 56b). La Regla 7c sobre los Hermanos dice: "Por su consagración religiosa, dan testimonio de una vida enteramente inspirada en el Evangelio... Su servicio, así como el testimonio de su vida, constituyen su ministerio de evangelización". De Mazenod hace fuertes comentarios sobre algunos sacerdotes en Ceilán que afortunadamente no son oblatos: "Los sacerdotes que hacen el servicio llevan impropriamente el nombre de misioneros. Son hombres que, a sus ojos, ocupan lugares de descanso, siguen una rutina insuficiente para obrar la conversión de los infieles o herejes, y se molestan muy poco dejando sumirse en su ignorancia y en todo lo que de ahí se sigue a los infelices cristianos..."[12] Retóricas aparte, su convicción nos ayuda aquí a discernir la pobreza apostólica.

“La acción en favor de la justicia, la paz y la salvaguardia de la creación es parte integrante de la evangelización” (R 9a). ¿Podemos “cambiar el destino de los pobres”, como se leía en un folleto vocacional? El Reino no es sólo el producto de nuestro trabajo, pero las actitudes que adoptamos, han mostrado a veces una diferencia. Sobre todo mantienen la esperanza. “Testigos y profetas del Dios amor, queremos ser hombres de esperanza, reflejando la actitud de un Dios que no abandona nunca a su pueblo... Trabajamos con miles de mujeres y hombres en la mundialización de la solidaridad” (EPM, nº 8).

Evangelizamos también usando los medios materiales de que disponemos y que “son en cierto modo patrimonio de los pobres” (R 22a). Nuestra tarea de evangelización requiere que usemos los medios a nuestra disposición del modo mejor que podamos.

Tanto la evangelización como la práctica de la pobreza nos llevan a lograr una comunión más profunda con los pobres. ¿Qué podría implicar esto?

Una cosa que implicaría es aceptar conscientemente las dificultades de estar en el servicio de los pobres. Una vez que vivimos en cercanía con la gente, llamarán a nuestra puerta y pueden molestarnos a cualquier hora. Por ellos tendremos que hacer largos y agotadores viajes, incluso a pie o a caballo, dormir en otras camas, exponernos al clima y a riesgos para la salud. Es un modo concreto de vivir el voto de pobreza. Lo mismo puede decirse si no nos servimos de cosas que podríamos permitirnos, porque podrían escandalizar, o causar extrañeza cuando entran en nuestra casa. Además, podemos hacer que su voz se oiga en los lugares donde se toman las decisiones que afectan a sus vidas, y estar preparados para sufrir frustraciones o incluso persecución con ellos. Nuestra Regla hace mención explícita de tal experiencia. “Frente a las exigencias de nuestra misión y ante las necesidades a que hay que responder, nos sentimos a veces débiles y sin recursos” (C 20). No es, sin embargo, sin recompensa: “Entonces podemos aprender mucho de los pobres, especialmente la paciencia, la esperanza y la solidaridad” (C 20). Nuestra recompensa es que podemos “ser evangelizados por ellos”, como dice el Capítulo de 1986.[13]

Pero volvamos al tema de nuestro uso de recursos financieros, a la luz de estas reflexiones sobre la virtud y el voto de pobreza.

Podemos considerar al P. Tempier, nuestro primer tesorero general, como un modelo a este respecto. En su tiempo le llamaban “nuestro César financiero”, e incluso el P. Fabre, “Providencia encarnada”[14] La Congregación tuvo muchas dificultades financieras en sus primeros años. Una crisis similar a la de hoy en muchas Provincias ocurrió en 1847 a causa del éxito vocacional del P. Léonard. Otra hoy es la dificultad, creada o agravada por la violencia, que algunas entidades están experimentando. Es similar a los tiempos difíciles por los que la Congregación pasó durante la revolución de 1848. Poco a poco el P. Tempier consiguió constituir “un fondo de reserva”, como el Fundador había sugerido ya en 1826.[15]

Siguiendo el ejemplo del P. Tempier, un modo de vivir nuestro voto es siendo administradores responsables, tratando de proporcionar los medios para una evangelización eficaz. El “fondo de reserva” de san Eugenio y nuestros fondos de solidaridad actuales son similares.

Mientras nos preocupamos por las necesidades de la misión, debemos tener siempre presente que nuestras finanzas no deben nunca desconectarse de los pobres para quienes se nos dan y de quienes, en muchos casos, han llegado a nosotros. A veces parece que seguimos el camino contrario y queremos independizarnos de los pobres. El valor de la pobreza evangélica irradiará más a los ojos de la gente si aceptamos nuestra dependencia de ellos en nuestras necesidades, pidiéndoles ayuda, consiguiendo fondos locales, esperando pacientemente su contribución. Este tipo de solidaridad podría ser incluso el único camino a seguir en una situación determinada. ¿Podemos cambiar la tendencia actual de dependencia de las inversiones, para depender más de la ayuda que viene de la gente a la que servimos? La expresión “patrimonio de los pobres” tendría un significado más real. Tendría también el efecto de hacernos más fiables y responsables a sus ojos.

Como una consecuencia práctica, tenemos que abrazar un estilo de vida y una manera de hacer misión que estén más al nivel de los países en que estamos presentes. ¿Será esto menos eficaz? Pongamos un ejemplo. Misionar a veces sin un automóvil puede limitarnos: iremos a menos lugares, 'perderemos' más tiempo en el camino. Pero ¿es exacta la ecuación de que "no tener automóvil es igual a misión menos eficaz"? o incluso "¿sin automóvil no hay misión?". La semilla de mostaza del Reino tiene sus propias reglas de eficacia.

Nuestra Regla habla de "comunión con Jesús y los pobres". Voy a concluir con un texto del último Sínodo como he prometido más arriba. En la misa de apertura de la asamblea, reunida en Roma, en octubre de 2001, para reflexionar sobre el ministerio de los obispos, el Papa habló del espíritu de pobreza que debe caracterizar a un obispo. El Sínodo abordó la cuestión varias veces y su mensaje final presenta la siguiente síntesis:

"Así como existe una pobreza que es destructiva, y contra la que es necesario luchar para liberar de ella a los que la padecen, también puede haber una pobreza que libera y potencia las energías para el amor y para el servicio, y es esta pobreza evangélica la que intentamos practicar. Pobres ante el Padre, como Jesús en su plegaria, sus palabras y sus actos. Pobres con María, en la memoria de las maravillas de Dios. Pobres ante nuestros hermanos y hermanas, por un estilo de vida que hace atrayente la persona del Señor Jesús. El obispo es el padre y el hermano de los pobres. Él no debe dudar, cuando es necesario, en hacerse portavoz de los que no tienen voz, para que sus derechos sean reconocidos y respetados. En particular, él debe proceder de modo que, en todas las comunidades cristianas, los pobres se sientan como 'en su casa'"[16]

Creo que este simple resumen expresa elocuentemente lo que he tratado de ofrecer.

Testimonio colectivo de la primera bienaventuranza

El voto de pobreza no es sólo una cuestión de nuestro seguimiento personal de Jesucristo o un modo de profundizar en nuestra comunión con los pobres; es constitutivo también de un nuevo tipo de fraternidad entre nosotros. Mediante el voto, lo que sucedió en el comienzo de la Iglesia, vuelve a suceder de nuevo: "Animados por el Espíritu que impulsaba a los primeros cristianos a compartirlo todo, los oblatos lo ponen todo en común" (C 21). El voto constituye de este modo comunidad. Si no lo vivimos, la comunidad sufrirá. Si lo vivimos, nuestro modo especial de convivir puede ser un camino de evangelización unido poderosamente a la predicación y a nuestro testimonio personal.

¿Cómo puede el aspecto comunitario de la pobreza llegar a ser significativo para la gente? Nuestras preferencias por lugares donde vivimos, construimos nuestras casas y demás, hablan de por sí. Muchas comunidades oblatas se establecen en sectores pobres. El Capítulo de 1992 es categórico en este punto: "Alentamos a los oblatos a establecer sus comunidades en los barrios pobres. Compartiendo así la vida de los pobres, podrán anunciarles más plenamente 'la presencia liberadora de Jesucristo' y acompañarlos en sus esfuerzos por construir 'un mundo que nace de su resurrección'" (C 9). Podrán así más fácilmente acoger a los pobres..." (MHM, nº 25).

No todas las comunidades pueden al mismo tiempo "insertarse" en zonas pobres. La situación de las comunidades pequeñas y grandes es también diferente. Una fraternidad pequeña puede vivir más fácilmente al nivel de la gente común; las casas grandes, por otro parte, concurren a los gastos de la economía compartiendo. Pero en cualquier situación, el voto de pobreza vivido como comunidad debe hacernos contraculturales, a saber, contrarios a toda una serie de valores establecidos y dominantes.

La codicia y el individualismo prosperan en el sistema de la economía global. Por contraste, las principales religiones del mundo proclaman valores muy diferentes – la salvaguardia de la creación, el compartir con los menos afortunados, el mantener la esperanza de un mundo mejor. ¿Pueden ser nuestras comunidades testigos sugerentes de una vida basada en los valores del Evangelio? ¿Pueden nuestros modos de llevar las finanzas evangelizar a la sociedad, como los monasterios benedictinos transformaron a Europa hace siglos, o como los

franciscanos hicieron en América Latina, etc.?

La posesión de todas nuestras cosas en común tendrá su efecto. Habrá más laicos asociados que adopten algunos de los valores del carisma oblato; otros, incluso dirigentes de la sociedad, encontrarán inspiración en nuestro uso común de las cosas de este mundo. Los 50.000 participantes en el Foro Social Mundial 2002 de Porto Alegre consideraron la "economía de la solidaridad" como una alternativa a la globalización neoliberal. Cuando, entre nosotros oblatos, "todo lo que cada miembro adquiere... pertenece a la comunidad" (cf. C 22), nuestro compartir llega a ser un signo del destino universal de los bienes de este mundo.

Conclusión

Naturalmente, todo lo que hemos dicho de los votos y particularmente de la pobreza puede parecer idealista y he reconocido que nuestra realidad vivida no está plenamente en sintonía con el mensaje cristiano. El Evangelio, la buena noticia de la libertad humana y cristiana, estará siempre en nosotros y más allá de nosotros, ofreciendo "nuevas energías para el amor y para el servicio". Nunca es demasiado tarde para cambiar; se nos da la oportunidad para comenzar de nuevo nuestra vida religiosa cada mañana. Un escolástico me escribía diciendo que renueva sus votos todos los meses, en la misma fecha en que los hizo por primera vez.

Para nuestra conversión permanente, necesitamos el estímulo de nuestros hermanos y de nuestros superiores. Me propongo con esta carta estimular, alentar y confirmar. San Eugenio como superior era muy franco en muchas cosas, cuidándose incluso de los detalles:

"Recomiendo a los que tienen que llevar anteojos que se contenten con la montura de acero de la que todo el mundo se sirve entre los laicos"[17] Este ejemplo particular pertenece al pasado, pero el espíritu de esta recomendación sigue siendo una luz para nuestro camino, como se refleja en cada párrafo del Prefacio de nuestra Regla.

Sus palabras parecen como un resumen de las bienaventuranzas, una página del Evangelio vuelta a escribir para los oblatos:

"Viviendo en estado habitual de abnegación, deben trabajar sin descanso por hacerse amantes de la pobreza, penitentes, despegados del mundo, dispuestos a sacrificar bienes, talentos, descanso, la propia persona y vida por amor de Jesucristo, servicio de la Iglesia y santificación de sus hermanos"[18]

Abreviaturas

EPM: Evangelizar a los pobres en el umbral del tercer milenio. Actas del XXXIII Capítulo general (1998).

MHM: Misioneros en el hoy del mundo (Capítulo general 1986).

LG: Lumen Gentium. (Concilio Vaticano II)

[1] M. J. Himes, "Returning to Our Ancestral Lands", Review for Religious, enero_febrero 2000, p. 21.

[2] E. de Mazenod, Carta circular nº 2, Marsella, 2 de febrero 1857. Écrits oblats, vol. XII, Lettres aux Oblats de France, p. 193.

[3] Ibid.

[4] Diccionario de los valores oblatos, vol. III, p. 112.

[5] E. de Mazenod, Apuntes sobre la pobreza evangélica, Aix, 1818_1821. Écrits oblats, vol. 15, Écrits Spirituels, nº 150, page 193.

[6] Diccionario de los valores oblatos, vol. III, p. 130.

[7] E. de Mazenod, Carta a su padre. Écrits oblats vol. XIII, Lettres à divers correspondants,

nº 1, p. 11. Encomienda también a menudo a san José las necesidades materiales de la Congregación.

[8] Febrero de 2002.

[9] Cifras del Banco Mundial para 1998.

[10] Diccionario de los valores oblatos, vol. III, p. 107.

[11] Perspectiva misionera (Capítulo general 1972), nº. 15b. Véase también Diccionario de los valores oblatos, vol. III, p. 96.

[12] E. de Mazenod al cardenal Barnabò, prefecto de la Sagrada Congregación de la Propaganda. *Écrits oblats*, vol. 5, Nº. 68, p. 128.

[13] Misioneros en el hoy del mundo, nº 16.

[14] Y. Beaudoin, Tempier – Second Father of the O.M. I. [Oblate Writings, Series II.1], pp. 103 y 140.

[15] *Ibid.*, pp. 107_108.

[16] Mensaje de la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, nº 15 (25 de octubre 2001); véase también *Novo millennio ineunte*, 50.

[17] E. de Mazenod, Carta circular, nº 2. *Écrits oblats*, vol. XII, *Lettres aux Oblats de France 1856_1861*, p. 194.

[18] Prefacio, pássim.